



DEL BOTIJO AL ORDENADOR

El beso electoral

Luis del Val

EN una campaña electoral la mayoría de las ceremonias son irracionales. El político se encuentra en estado de celo y, a su lado, el urogallo podría pasar por astuto e inteligente. Sin embargo, a pesar de la aceptación de este principio, hay estupideces tan evidentes que su pervivencia resulta estremeceadora. Tal es el caso de la denigrante manía de besar a los niños.

Los niños, todos los niños, sienten horror ante el besuqueo de los mayores. Todavía recuerdo el pánico que me producía mi tía *Patrocinia* cuando se disponía a propinarme un ósculo y ya intuía el picor de su bigote en mis tiernas mejillas. O el sonoro beso que me daba mi tía *Pascualina*, la de Soria, justo al lado de la oreja, con un chasquido que retumbaba como un cañonazo y que me hizo percibir, a tan temprana edad, lo que significaba la sordera, aunque fuera momentánea. O las húmedas babas de señoras y caballeros desconocidos que hociqueaban sin pudor en mis carrillos y me impelían, de inmediato, a frotármelos con la manga, ante el desconcierto de mi madre y demás parientes con graduación.

Los momentos más desgraciados de mi niñez fueron los besos de las personas mayores y la colocación del cuello duro en las camisas de las grandes solemnidades, refinado tormento que, por fortuna, ya ha desaparecido.

A los niños, a todos los niños, lo que les gusta es mancharse de barro los zapatos y mojarse los calcetines. Y lo que odian es besar o ser besados por unas personas de tamaño gigantesco a las que no tienen el menor interés en conocer.

Naturalmente, el político tiene muy mala memoria, gracias a lo cual se evita muchos apuros y vergüenzas, pero si la tuviera mediana recordaría con nitidez aquellos fatídicos instantes de su infancia en que era requerido para la humillante tarea del besuqueo.

Se podría aducir que a los candidatos les encantan los niños, pero es una hipótesis que no se tiene en pie. Un candidato, en el fondo, es un ser normal, y todo ser normal aborrece a los niños. Llegamos a soportar a los hijos propios basados en el instinto de conservación de la especie y admitimos a los hijos de los amigos por el afecto que les tenemos a sus padres, pero más allá un niño —y

no digamos dos— supone una conocida fuente de molestias difíciles de soportar.

En un vagón de tren, junto a la butaca del cine, en el asiento contiguo del avión o en la mesa de al lado del restaurante la vecindad de un niño es algo que se puede recibir con estoicismo, pero nunca con alegría.

He contemplado las primeras imágenes de la campaña electoral y observo que los políticos besan a los niños con un entusiasmo salvaje, con una bárbara inconsciencia. Los niños no se quejan, porque están sin sindicarse, pero si los niños tuvieran un sindicato como *Marx* mandaría manifestaciones espectaculares y marchas de protesta fastuosas. De guardería a guardería se establecerían cadenas de infantil humanidad que harían volverse amarillos a los verdes, y, después, duros encierros en los jardines de infancia, seguidos de avasalladores manifiestos.

Porque un niño puede ser molesto, pero tiene el derecho a ser respetado. Y continuar con una costumbre tan denigrante que ni satisface al besado ni al besador me parece una melonada tan gloriosa, que ya es hora de archivarla.

Y que los bese su padre.